

OBRAS REUNIDAS II

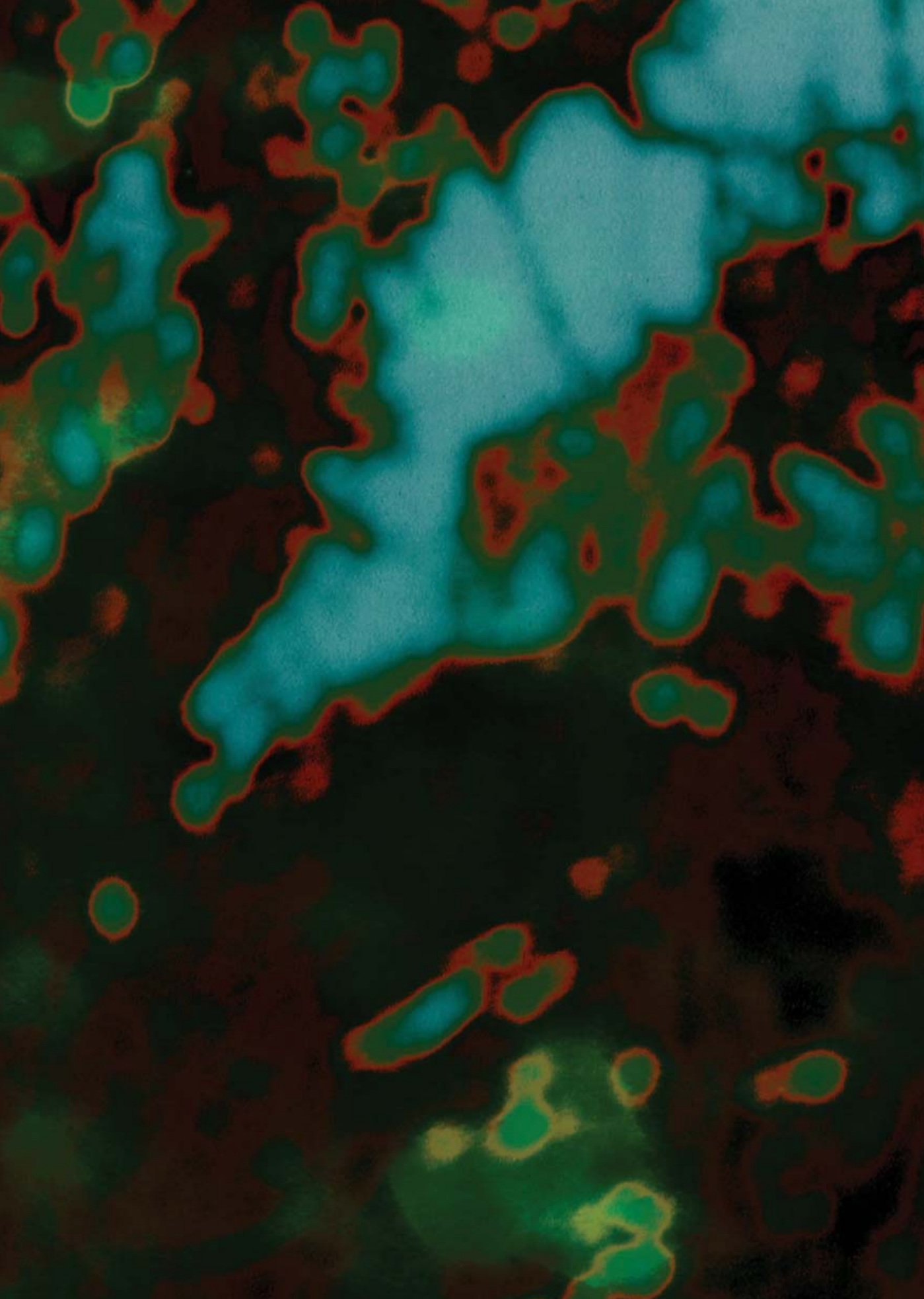
NOVELAS 2

Minas del retorno
Mal de piedra
Los informes secretos

CARLOS

MONTEMAYOR





OBRAS REUNIDAS

II

CARLOS MONTEMAYOR

OBRAS REUNIDAS

II

Novelas 2



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición, 2010

[Primera edición en libro electrónico, 2012]

Montemayor, Carlos

Obras reunidas II. Novelas 2. Mal de piedra. Minas del retorno.
Los informes secretos / Carlos Montemayor. — México : FCE, 2010
328 p. ; 26 × 19 cm — (Colec. Obras Reunidas)
ISBN 978-968-16-8110-4 (obra completa)
ISBN 978-607-16-0194-0 (tomo II)

1. Novelas 2. Literatura Mexicana – Siglo XXI I. Ser. II. t. III. t. :
Mal de piedra IV. t. : Minas del retorno V. t. : Los informes secretos

LC PQ7297

Dewey M863 M454o

Distribución mundial

Diseño de portada e interiores: Pablo Rulfo

Derechos reservados:

De *Mal de piedra*: © 1981, Carlos Montemayor;
© 2000, Editorial Planeta Mexicana, S. A. de C. V.

De *Minas del retorno*: © 1982, Carlos Montemayor;
© 2000, Editorial Planeta Mexicana, S. A. de C. V.

De *Los informes secretos*: © 1999, Carlos Montemayor;
© 2000, Editorial Joaquín Mortiz, S. A. de C. V., Editorial Planeta Mexicana, S. A. de C. V.

©2008, Carlos Montemayor

D. R. © 2010, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14110, Ciudad de México
www.fondodeculturaeconomica.com
Comentarios: editorial@fondodeculturaeconomica.com
Tel.: 55-5227 4672

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra sea cual fuere
el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

ISBN 978-968-16-8110-4 (obra completa)
ISBN 978-607-16-0194-0 (tomo II)
ISBN 978-607-16-9182-8 (electrónico-pdf)
ISBN 978-607-16-0919-9 (electrónico-epub)

Impreso en México • *Printed in Mexico*

SUMARIO



Mal de piedra • 9

Minas del retorno • 83

Los informes secretos • 159

MAL DE PIEDRA

Para mi hijo Emilio

Mi hermano

1



(4 DE MAYO DE 1955)

Veo a mi hermano Antonio tendido sobre el suelo, amortajado en una sábana para las primeras oraciones. El sol de la mañana ilumina la puerta como una tierra que Antonio hubiera mirado conmigo, como también la miró mi abuelo al morir, hace más de veinte años. Los hijos de Julia mueven las sillas afuera, en el corral. Oigo la voz de mi cuñado. Me duelen los ojos. Hay mucha luz, Antonio, mucho calor. Necesito dinero, necesito cobrar. Deben pagarme pronto. Mi cuñado me mira. Las mujeres siguen rezando. Es molesto que tantas cosas me impidan pensar en ti, hermano, como yo quisiera. Pero los años lo hacen a uno distinto; lo hacen a uno pensar en otras cosas, en muchas, y eso aparta. Está uno más atareado. Pero un hermano duele porque un remordimiento aparece siempre al pensar en él. Con el amigo se siente lo mismo, pero con el hermano hay más cosas. Me acostumbré a fumar toda la tarde, a pensar sólo en mí. Antes de que muriera, estando junto a él, durante las tardes, sentí el remordimiento, el rencor de que sólo hayamos vivido así; de tener prisa, deudas, de no tener tiempo. Uno cambia, sí. Cuando por estar callado tardes enteras llega a pensarse en uno mismo, uno cambia. Yo quería salir de la casa, dejar a Antonio aquí, inútil, enfermo como antes estuvieron mi abuelo y mi padre, un minero inservible, viejo. Pero me acostumbré a estar con él, es cierto, aunque arrepintiéndome de estar aquí, de perderme a su lado, de tener que sujetarme a él. Cuando hice los viajes a ciudad Chihuahua, en la carretera, en las noches, sin darme cuenta, yo mismo me apartaba para pensar, y lo recordaba. Pero lo recordaba con desagrado, con un arrepentimiento conmigo mismo; sentía la fuerza de un vicio que al dejarlo me llevaba a otro, a otra necesidad. Me sentía libre y también vengativo; una venganza inútil, una venganza de pensar que Antonio tendría que estar solo en la casa.

Mi hermano

2



—El servicio incluye todo —me dice—. Féretro, ceras, pedestal, candeleros y carroza. Ve a, venga por acá. Éste no es de doble tapa, pero se mantiene el cuerpo en buen estado, mejor que en uno de madera. Está acolchonado, sí, el forro es de una sola pieza... En cajas de madera tenemos éstas, la de Cortinas o la Dolorosa... Sí, ésta es la Dolorosa, cubierta con tela... Tiene aserrín debajo del forro, para acolchonar... O aquella, sólo es la madera pintada de negro. Bandolón, se llama. ...Mire la de Cortinas... Como ésta, sólo que el tamaño varía, porque será de adulto, sí. Como ésta... —Miro la caja que me indica. Es un ataúd pequeño, para niños. La tela que lo cubre está ya amarillenta. En una esquina está rasgada. Veo los listones que penden a los lados. Levanto la tapa y alcanzo a ver las tachuelas y una desgarradura en la base. Sí, Antonio, aquí vas a estar, sí, en esto, en esto. Oigo el ruido que hace a mis espaldas, buscando papeles. Observo que estoy pensando en nada, que estoy en blanco, que comienzo otra vez a sentir caliente la cabeza. Necesito dinero esta semana. También iré a cobrar a la mina, a ver si se les antoja pagarnos. Es distinto que alguien ya no esté, nada más eso, que ya no esté, Antonio. Siento hambre otra vez; debí comer algo antes de venir. Pero con Antonio ahí. No, no debían estar los niños. Aunque mi padre decía que todo es lo mismo, que daba igual ver esto de niño que de viejo... Necesito cobrar; el dinero retrasado es doble deuda. Veo en las paredes los anaqueles de féretros. Siento la boca seca. Debo encontrar a Gregorio, o a alguno de los otros. Veré en el “Cuatro Rosas”. En los billares, sí, buscaré también allí. Al lado del escritorio están varias bases para cirios, de cilindros rojos. Me estoy avergonzando, lo siento en la cara. Como si Antonio fuera otro, no mi hermano, no el que murió esta mañana, sino otra cosa—. El color cambia —me dice—. La de adulto es negra. Los de niños son siempre blancos... Dentro del forro no hay aserrín, sino periódicos recortados en tiras... Nosotros haremos el resto, sí... Enseguida llevaremos el equipo de velación y mañana pasaremos a la hora que nos indique... —Es mi hermano, sí, mi hermano. Perdóname, Antonio, pero estoy muy mal, no se

puede otra cosa. El tiempo es malo, para todos. Para ti y para nosotros. Me arden los ojos. Siento como un estallido de sal en los ojos, arde la garganta. Tengo sueño. Tengo que esperar, tengo que esperar.

—Con permiso, señor, sí, gracias, gracias, con permiso.

Mi hermano

3



Siento el golpe del calor al salir a la calle. El sol es pesado, caliente. Me arden los ojos de sueño, necesito descansar y comer algo. Debí haber aceptado el trabajo en el tráiler, era lo mejor. No debí hacer caso al trabajo de esa mina. Pero fue por la insistencia de Alfredo. Todo sale mal con él. Conviene más que vaya hoy con Pérez; puedo probar. Gregorio debe estar ya aquí. Siento el olor encerrado, acre. Francisco está en la barra. Me saluda. Atravieso por entre las mesas. Allá está Gregorio. Siento tristeza. No sé por qué comienza la tristeza. Siento el calor, la sed, el humo y las voces. Los calendarios recortados de mujeres desnudas siguen sobre la sinfonola; veo también el calendario de un río donde están pescando dos niños. Gregorio me ha visto; está con el hermano de Manuel y con Alfredo Montenegro. Sonríe siempre así, enorme, gordo. Me acerco a Gregorio. Está sudando. Pega fuerte, un manotazo le duele a uno. Me siento a la mesa con ellos. De pronto me parece que hay mucha gente en la cantina. Chepo deja ante mí una cerveza y regresa a la barra. Alfredo pide otra para él. Ya están borrachos, hablan entrecortado. Alfredo tiene la cara enrojecida. Gregorio está sudando. La cerveza está fría. Siento lo amargo en la boca.

—¿Qué viajes tienes ahora? —le digo—. Necesito irme en uno, mañana mismo, Gregorio... O tú, Alfredo... ¿Hay trabajo en los camiones de Robles?

—Tengo un viaje de los Vázquez —dice Gregorio—. Puedes venir conmigo. Pero tenemos que salir mañana.

Bebo la cerveza. Tomo un poco de sal. Siento mucha hambre, comeré algo en el camino, cuando salga.

—Iré a ver a Pérez —vuelvo a decirles—. Quizá pueda aceptarme de chofer en algún tráiler. Debo probar. Le diré que era amigo de Héctor, que íbamos a trabajar juntos.

—¿El de la Ahumada? —pregunta Alfredo—. Tiene poco trabajo. No paga bien y ahora sólo hace viajes en el estado...

—Pensaba ir en la noche a tu casa —me dice Gregorio—. Pero si necesitas algo, puedo ir antes.

—Está bien así, en la noche está bien, Gregorio. —Veo la madera sucia de la mesa, los vasos, las colillas de cigarrillos. Oigo la música que empieza a sonar y las voces de las otras mesas—. Y los de la mina de Ocampo, ¿te pagaron, Gregorio, te pagaron todo?... Deberíamos impedirles que contraten más viajes. A mí me deben los dos meses que les trabajé. Vamos juntos, Gregorio, vamos así, hasta que paguen.

Alfredo se ríe. Luego le grita a Chepo, diciendo que no le ha traído la cerveza. Toma los cigarrillos de la mesa y nos ofrece. El hermano de Manuel me da lumbré. Encendemos los cigarrillos. No le pregunté por Manuel, es cierto. Está en Santa Bárbara, en la mina, como todos. Alfredo me invita otra cerveza. Pronto será mediodía. Hay mucha gente. Gregorio me mira. Saca dinero y me entrega un billete de cien pesos.

—A cuenta del viaje —le digo mientras guardo el billete—. A cuenta de este viaje, Gregorio. Descuéntamelo ya.

Buscaré a Pérez. Siento la cabeza en blanco. Pero estoy triste. Siento la urgencia de irme, de encontrar trabajo, de dormir toda la tarde. Les digo que mañana a las diez enterraremos a Antonio. Siento calor. La cerveza está helada. Es mejor levantarme de la mesa. Quiero cobrar hoy. Alfredo vuelve a hablar de Durango, de la mina de Robles. Miro sólo sus manos blancas, gruesas. Sigo sintiendo prisa, Antonio, prisa por irme, como cuando se acaba el día y uno sigue trabajando. Iré otra vez a Triplay; es bueno insistir. También veré en los transportes de Santa Bárbara, quizá metan nuevos carros; ojalá, así podría esperarme, aunque sea cansado el trabajo. Pero sigo sintiendo prisa, Antonio, porque un hermano siempre duele, aunque haya cosas más necesarias en qué pensar, o de qué arrepentirse. En estos días sentí lo que hicimos, lo que vimos de niños, lo que hablabas de las minas, de Villa Escobedo, de las mujeres, lo que vuelvo a escuchar cuando recuerdo. También la envidia que sentí de que salieras a Villa Escobedo, o de que ya tuvieras mujer cuando yo tenía que hacerme puñetas pensando en lo que contabas y deseando a Ofelia, que veía todas las mañanas frente a nuestra casa subirse la falda para lavar el piso. Pero fue envidia de hermano, no de hombre, Antonio. Era envidia y orgullo porque ya tenías mujer, ya sabías como tenerla. Y cuando salíamos juntos a los cerros, veía yo lo que hacías, cómo desprendías el cascabel de las víboras y cómo reíamos cuando los conejos saltaban como piedras blancas y esponjosas respirando rápidamente, pero era que corrían, que ya no los íbamos a alcanzar. Pensé mucho estos días en el abuelo Refugio, en su muerte, cuando yo iba todas las mañanas al camposanto, de niño. La misma sequía, la misma pobreza, la misma molestia del calor, el cansancio, este sueño. Antonio, cuando te hallé borracho quise golpearlo, por eso, porque yo me arre-

pentí de no haberlo hecho antes, porque me enojé por reconocer que estaba bien lo que habías hecho, y te asustaste sin saber lo que te decía, sin oírme, con una risa sin pensamiento, de mezcal, de mucho sueño. Antonio, hermano, estos pocos días te traje el mezcal y te miré emborracharte, tomar la botella, mirar el cielo sin mirarlo. Otra prisa me apareció, la prisa de que no hubieran pasado los días, de que estuviéramos antes de esto, antes del calor, de las tormentas, de la sangre que te manchaba y te dejaba con los ojos tristes, como de mujer o de animal, y que me hacían hablar, hablar mucho, de tonterías, o de recuerdos que ya no son míos. Es la prisa, hermano, la prisa de ser hermano, la prisa de tener que conocernos aquí, en esta vida, de tener que aferrarnos a ella, de tener que dejarla.

Los santos óleos 1



Por esta santa unción y su piadosísima misericordia te perdone el Señor todo lo que has pecado con la vista, la vida que en tus ojos entró hasta separarte de Él, las llanuras áridas que te hicieron maldecir el cielo, que es la obra de Dios, y la tierra, que es la obra de sus manos, Dios te perdone porque con tus ojos viste los días, el tiempo que Dios te dio para vivir, y a tu mujer y a tus hijos y el suelo donde amabas y dormías, Dios te perdone el carburo oloroso que te guió en la tierra por dentro, sin ver, para excavar en el túnel de las minas y cerrar los ojos cuando en el interior de tu mujer, o en cualquier mujer, sentías que la vida se acumulaba en tu cuerpo, que brotaba poderosa y te golpeaba el aliento, y cerrabas los ojos porque la vida estallaba dentro de esa mujer, porque la vida acumulada se despedazaba como tu conciencia, y sólo quedaron sueños para ungirte la pobreza y la vejez y los ojos y nunca otro arrepentimiento que no fuera el de vivir aquí, el de la mina, el de la sangre, el de la ceguera corrosiva donde encontrabas un pan pequeño donde sólo había sitio para morder el arrepentimiento de Dios, el de saber que pecaste contra Dios porque Él es misericordioso y los ojos que lo buscan lo ven cuando son humildes, aunque sean tan ciegos, tan hambrientos, tan abandonados y enfermos como los tuyos.

Mi abuelo

1



(10 DE JULIO DE 1931)

Salgo al corral y me escondo. El muro está caliente. Veo la tierra seca, suelta, y me acuesto en ella. Abro los ojos con la cabeza apoyada en el polvo. Las piedras parecen altísimas; trato de tomar una. Tengo hambre. También sueño. Me sacudo la tierra de la cabeza y la cara. Imagino que es de noche y que hay muchos árboles y matorrales, y que nada puede saberse en esta oscuridad; estoy en medio y grito mucho, grito mucho, pero sin hablar, sin que me oigan. Entonces abro los ojos muy poco y veo el sol, la tarde caliente, y me los froto y el sol me arde, y pienso que vigilo la tarde, como Dios, y que nadie puede entrar aquí, en mi bosque, sino sólo mi abuelo Refugio, para que esté conmigo, y venga al corral conmigo. Me levanto. Quisiera irme a la estación del ferrocarril y quedarme ahí. O viajar, ver todos los cerros, para no dormir. Como mi hermano Antonio. Ahora está en Villa Escobedo, trabajando. No quiso quedarse aquí. Si estuviera conmigo podría decirle que siento ya otra cosa, no sólo tristeza, sino otra cosa. Pero no es necesario. Ahora me parece que él es otro, no sólo mi hermano, sino otro. Como Manuel, por ejemplo, pero él no es mi hermano. Los ojos me arden. Cierro los ojos con fuerza, hasta que me duelen. Ahora los abro y todo está lejos, la tarde es muy grande, pero está lejos. Entro en mi casa. Mi hermana Julia me ve. Me siento junto a ella, sobre el piso de tierra. El olor de las flores es muy penetrante, como si estuviera otra persona en medio del calor y las voces y su cuerpo oliera así, a flores. Van a rezar otra vez por mi abuelo. Me acuesto en las cobijas que están sobre el piso y siento hormigueo en las piernas. Los ojos todavía me arden. Siento ganas de llorar otra vez. No quiero levantarme. Mi abuelo está aquí, metido en esa caja de madera, larga. Lloro, me hundo en las cobijas pero lloro. Siento la cabeza caliente, como si oyera a muchos niños riendo, como encender muchas hogueras en los cerros porque iba a estar siempre la noche, para que se oyera como ruido de arroyos en las noches de lluvia, que suena como el golpe de muchas piedras, un ruido de golpear árboles, de varear nogales en las noches.

Mi abuelo

2



La arboleda se hunde en la neblina, amontonada. Pasamos junto a los árboles, pero a veces los perdemos de vista. El ruido de la carreta se oye en el camino, entre las piedras. Las mulas sacuden la cabeza; sus patas suben y pisan rápido, fuerte. El hombre que conduce levanta la cabeza y mira las nubes blancas que en el cielo avanzan igual que nosotros. Veo cerca los árboles, junto a mí. Me levanto y extendiendo los brazos hasta que toco las hojas de un álamo, llenas de verde y de blanco; parecen cristales o agua. No puedo hacer más, la carreta no avanza. Recojo mis brazos y me siento; miro la arboleda a lo lejos, metida en el valle y en la neblina. El hombre es desconocido, pero es mi amigo. Grita a las mulas y siento su sonrisa bajo el sombrero. La carreta se mece, pero no avanzamos. Las mulas no se mueven. La tierra es un poco oscura; el cielo también lo está, como sucio. Me gusta correr ahora, volverme a mirar la carreta detenida en medio del camino, lejos, con el hombre mirándome y sonriendo. En la tierra hay muchos cadáveres; están esparcidos en el cerro, boca abajo. Corro brincando sobre ellos o evitándolos. Alguien me sujeta de un brazo. Es el hombre de la carreta; me detiene con una mano y con la otra me ofrece un pan. Como y vuelvo a correr. Me doy cuenta de que los cadáveres no pesan, parecen vacíos. Empiezo a voltearlos pero en ninguno veo rostro; tienen una mancha oscura, como agitándose, o serena, huecos. Empiezo a sentir un olor fresco, muy limpio. Ya anochece, rápido. La carreta se pierde de vista en la oscuridad. Corro hacia ella y de un salto me trepo como antes. Oigo el ruido sordo de los chorros que salen del vientre de las mulas y caen en la tierra. Terminan de orinar y volvemos a avanzar. El hombre dice que hemos cruzado varias veces la arboleda. La sombra desapareció debajo del sombrero, pero no veo su rostro. El cielo está despejado. El camino se hace más ancho desde hace unos momentos, como si todo el horizonte fuera convirtiéndose en el camino o ya no lo hubiera. Traigo hojas de nogal; crecen y en las ramas aparecen bolitas verdes, canicas jugosas. Corto dos y las arrojo en la carreta, detrás de nosotros; manchan la madera con un verde sucio, musgoso, que empieza a

derretirse en gotitas, como si fuera sudor. El hombre se ríe, miro sus ojos y su nariz, su bigote y su barba. Estoy mirando a mi abuelo Refugio. Me sonrío. Le digo que creí que estaba muerto. Me arrepiento de haberlo dicho, pero no parece haber oído. Miro sus manos huesudas, sus uñas largas y duras, sus dedos prendidos a las rindas. Miro su cabeza grande, arrugada. Alcanzo a verlo metiéndose en la calle opuesta, entre la muchedumbre. La gente me arrastra al lado opuesto. Grito lo más fuerte que puedo. Aún me siento feliz por haber venido con él. La casa es oscura y muy grande. Las paredes se elevan altísimas; no distingo el techo. Muchos hombres y mujeres conversan y beben. Miro a un niño corriendo en la huerta, cargando las ramas y hojas secas que se desprenden de los árboles. Un hombre está en los nogales y golpea las ramas con una vara grande; los ha estado vareando pero no caen nueces, sólo cae el ruido. Yo estoy escondido detrás de una silla. Me toman del hombro y me asusto al ver al niño muy cerca de mí, sonriendo; me invita. Ahora juntamos ramas y hojas secas que depositamos junto a una barda de la huerta. El hombre ya ha dejado de varear los nogales; me ve fijamente, desde arriba. Le comenzamos a arrojar piedras y muchos chanates y torcacitas salen volando, y aves que nunca había visto comienzan a caer. Corro hacia las aves, pero al tocarlas se desmoronan, como terrones, o como hojas. Caen más aves, iguales; levantamos la cabeza y nos caen como muchos susurros de telas y los depositamos junto a la barda. Oigo muchas risas. En la barda está un niño de tres años que mira hacia el río. Me subo yo también a la barda y miro del otro lado del río. Varias mujeres vestidas de negro y algunas ancianas bajan del cerro y caminan sobre las piedras levantando algo que no puedo distinguir. Veo el cauce del río, seco, cubierto de piedras. Sí, por allá está mi casa, detrás de esos corrales. Las mujeres conversan entre ellas, pero a veces se vuelven a mirarme y agitan los brazos. El niño se bajó de la barda sin que me diera cuenta y juega con el otro en la huerta. Quiero bajarme de la barda, pero no puedo, algo me impide saltar. Les grito, pero no alcanzan a oírme. Me acerco a un árbol; trato de bajar, sujetándome del tronco. Los niños están frente a mí y se burlan. Me lanzan piedras. A lo lejos me parece distinguir a mi abuelo Refugio con varios hombres. De un salto caigo en la tierra. Empiezo a sentir temor de estar con estos niños. Corro hasta la plaza. La gente me impide avanzar. Doy un rodeo por una calle solitaria y vuelvo a encontrar la multitud. Los dos niños me señalan; están en medio de varias mujeres. Es más fácil buscar la carreta y luego a mi abuelo Refugio. Llego a una reunión. Les pregunto por mi abuelo; me toman de la mano y entramos en un cuarto muy grande, de paredes verdes y muchas sillas. Dicen que lo estuvieron esperando, pero que no ha regresado. Siento temor. No quiero que mi abuelo muera otra vez. Salgo de ahí y corro mucho tiempo, grito, grito con toda mi fuerza, llorando.

Mi abuelo

3



Siento el olor de tierra. Todavía me arden los ojos. Me los froto pero arden más. He llorado mientras dormía. Veo la caja de mi abuelo y los cirios encendidos. Ya es noche. Alguien se encuentra junto a mi hermana Julia. La observo; es una mujer que no conozco, dormida. Hay gente todavía. Miro la puerta que da hacia el corral, como si la oscuridad estuviera detenida mirando hacia dentro. Siento el cuerpo adormecido y la cabeza caliente. Sigo aquí, sentado en las cobijas, sin hacer nada. Apoyo la cabeza en la pared. Han puesto la mesa junto a la puerta; varias sillas no son nuestras. La gente habla en voz baja, como si yo estuviera enfermo, con fiebre, y hablaran quedo para que yo me aliviara, para que me sintiera bien. En el otro rincón está mi madre con dos señoras. Siento en los oídos un ruido, como un silbido que no desaparece. Siento como si aún no despertara. Miro otra vez la puerta donde está la oscuridad como un animal conocido, aguardando. Hace calor, pero tengo frío. Tengo la boca seca. Siento como si me faltara un brazo o un hombro, o algo. Julia viene hacia mí. Sus manos están calientes. Miro el techo, las vigas, las paredes del cuarto.

—Falta mucho para que amanezca. Sigue dormido, anda —me dice Julia. No le contesto. Vuelvo a oír el silbido del silencio. Las señoras hablan más alto—. Te daré algo entonces para que comas, antes de que empecemos el rosario —me dice.

Me levanto. Me paro junto a la mesa. Me da una taza de café caliente con pan. Sus ojos están enrojecidos. Siento deseos de acariciarlos, de poner mis manos en ellos. Las señoras que estaban en el corral entran. Me gusta comer el pan así, sin bebida; lo siento en la boca como si durante mucho tiempo lo estuviera comiendo. Miro la caja negra y larga donde está mi abuelo Refugio; la miro mucho rato, sin pensar en cosas. Aprieto el pan que tengo en la mano. La caja está rodeada de cirios encendidos; siento el olor de las flores. Las señoras y algunos hombres con los sombreros en las manos comienzan a arrodillarse alrededor de la caja. Veo a todas las mujeres con rosarios en las manos. La señora Soledad empieza a rezar. Cierro los

ojos, sé que ella habla; le conozco la voz como si muchas veces la hubiera soñado. Comienzan las otras voces, pero todas juntas son como violentas, como un arroyo en noche de lluvia, pero seco, que sólo corre con la lluvia, como con árboles huecos. Aprieto el pedazo de pan; me gusta sentirlo en mis manos. Quiero dar unos pasos, tocar la caja un momento, acercarme a la señora Soledad y estar con ella. Quiero llorar otra vez, pero los ojos me arden más. Mi padre se da cuenta de que lo estoy viendo. Ya está otra vez hablando la señora Soledad, la escuchan, están al pendiente de lo que reza. Mi padre está mirándome; y ahora también una de mis hermanas. Los rezos de todos juntos son como si muchos vivieran aquí y no necesitaríamos tener miedo porque la casa está llena. Muerdo el pan, le doy dos mordidas seguidas; me gusta sentir el sabor. Termino de comerlo. Siguen rezando. Tengo deseos de orinar. Salgo al corral y siento frío. De pronto me parece oír otra vez el silencio, muy rápido. Siento la tierra en mis pies. Las estrellas son muchas, parpadean como lastimadas, como si todas hablaran o se fueran cayendo poco a poco, juntándose para quedarse aquí, cerca del corral, para siempre. Orino en el rincón donde tenemos botellas y papeles amontonados; suenan huecos, vacíos. Ya no siento frío, más bien hace calor. Atravieso el corral y trato de abrir la puerta de alambre que se ha atorado. Cuando la abro se asustan las gallinas que están junto a la barda. Los niños de la otra casa se asoman a verme. En la casa de Manuel ya no hay luz y la puerta está cerrada. Desde aquí veo mi casa, donde está mi abuelo Refugio y toda la gente arrodillada, de negro. Yo me llamo igual que mi abuelo. Cuando nací, quisieron que me llamara igual que mi abuelo: Refugio. Me siento aquí, en la tierra. Dios ve a todos los que están ahí, en el cuarto donde vivimos, así como yo los veo desde este lugar, sentado. Oigo el murmullo de muchos ángeles que vienen desde las estrellas a sentarse conmigo y ven desde el corral a todos los que rezan. Estamos aquí sentados, esperando que continúen. Me parece que entrarán de un momento a otro, como si los que están dentro fueran malos y no hacen nada porque la señora Soledad sabe muy bien qué hacer. Levanto la cabeza y miro el cielo: la cara de Dios se ve manchada de estrellas, cubierta de un vaho como de nubes que brotan de cada estrella al mismo momento y lo cubren, pero Dios está abriendo los ojos detrás de tantas estrellas, me ve y observa el patio lleno de ángeles, todos sentados en la tierra, y ve el cuarto donde está mi abuelo y se asoma más cerca, para ver bien a mi abuelo y para oír a la señora Soledad, y siento que en mi casa mi abuelo está solo, y que muchos ángeles oscuros lo rodean con cada señora, pero Dios los ha visto y sabrá qué hacer. Cierro los ojos buscando las voces y las escucho aquí, sentado en la tierra. Oigo otra vez el silencio. Si Antonio también estuviera, podría oír más. Lo recuerdo caminando conmigo en la Estación, hablándome de Villa Escobedo. También lo veo cortando mezquites

al pie del cerro. Me gustaría hablar con Antonio, que no se hubiese ido. Pero mi papá le dijo que sí, que estaba bien. “Está bien, sí, está bien que trabajes más. Porque ya casi no hay trabajo para mineros. Si tienes, está bien que te vayas, aunque no tengas edad.”

—Tú no entiendes —me dijo Antonio después. Pero mi papá dijo que ahora todos los mineros están jodidos y hay que trabajar como sea. Mi papá ya sólo puede trabajar dos días, porque todos los mineros están igual aquí, en Parral. Aunque a algunos les dan trabajo tres días a la semana. Desde el corral alcanzo a ver el cerro de la mina, por allá. No oigo nada. A veces sí, oigo el ruido de los molinos de metal. Antonio me dijo que yo no entiendo. Lo dijo cuando lo acompañé a la estación. Yo le iba cargando la lámpara de carburo. Me dijo que esa lámpara ya estaba muy jodida, porque era la de mi abuelo, pero que todavía la iba a usar más tiempo. En este momento recuerdo el olor del carburo; es un olor muy grande, como de algo vivo, caliente.

Los santos óleos

2



Por esta santa unción y su piadosísima misericordia te perdone el Señor todo lo que has pecado con tu oído, el nombre de las cosas con que entraste en la vida y te apartaste de Él, y el ruido caliente de la noche, y las minas que llenaron de polvo tus oídos cuando a lo lejos, al fondo de ti, esperaste la detonación de las cargas de dinamita, el golpe de la pica y el taladro como otro cuerpo u otra saliva, ruido caliente que no era de Dios pero te cubrió para que cesaras de oír, tú que no oíste a Dios, que a pesar de Dios naciste y viviste y pecaste con tener la vida, al caer bajo la voz aturdida de todas las cosas; el Señor te perdone porque sólo te arrepentiste del mundo para hundirte más en él, para darle más hijos, para oír todas las cosas, el ruido de los árboles, de las hojas, de las mujeres, de los niños, de los hombres, de los ebrios, de las putas, de los ríos, de la lluvia, mas no para oír a Dios, que misericordioso te guardaría si lo hubieras escuchado antes de nacer, y al nacer, y después de nacer, para que no hubieras conocido este mundo, ni su regocijo, ni su maldad, ni su nostalgia, y por eso cayeron tus oraciones como las estrellas del cielo y se enterraron como herida que abre la esperanza para nunca cicatrizarse, sino para hundirse, y quedaste con hambre de oír, porque oíste sólo tu voz, y tu castigo fue quedarte no sólo con el hambre que tus padres y tu esposa y tus hijos conocieron, sino con hambre de oír más, de oír la vida y no saciarte con la de Dios, porque ahora que en el silencio el mundo no tiene tamaño ni horas ni cansancio, ahora que nadie te daña, comprende ya que de su voz viene el sosiego a todo oído atormentado por la vida.

Mi abuelo

4



Hay menos gente. Mi padre está fumando junto a la puerta. Huele mucho a cigarrillos y a flores. Tengo hambre. Voy a sentarme donde está mi madre con mis hermanas. Dijo mi hermano Antonio que no moriría mi abuelo esta semana, sino la próxima, y que él regresaría a tiempo. Me lo dijo cuando lo acompañé a la Estación. Iba callado, yo lo veía sin que él se diera cuenta. No creo que fuese pensando nada más en mi abuelo. Dijo que había mucho qué hacer, que en ese lugar hay que ser duro, porque todos son así. Yo no contesté. Subimos la calle para rodear la Estación. Vimos los vagones tirados en las vías y los tinacos al fondo. Todo olía igual, los durmientes, las bombas, las oficinas. Algunos durmientes nuevos estaban apilados cerca de la bomba de agua. Varios hombres cruzaban las vías cargando herramientas.

—No sucederá eso esta semana, sino hasta la próxima —me dijo Antonio—. Alcanzaré a llegar.

Esperamos afuera de las oficinas. El aire caliente olía a aceite, a ferrocarril, a lo que huele toda la Estación. Desde los andenes veíamos el pueblo: todas las casas pegadas a los cerros, a la tierra. A nuestra espalda el cerro de la mina se veía como algo vivo; mucha gente caminaba cerca de los molinos por las escaleras de la entrada de mineros.

—Villa Escobedo no es tan importante —le dije—. Te puedes esperar más.

Se volvió a verme y se rió.

—Tú no puedes saber —me dijo.

No contesté, aunque sabía que no estaba bien. Ni lo vi, tampoco. Él me buscaba los ojos. Pero mi papá había dicho que sí, que se fuera.

—Corrieron a todos los mineros —me dijo Antonio—. Tú no entiendes. Villa Escobedo se va a acabar. Ya casi todos se fueron...No hay trabajo, ¿ves? Por eso me voy, porque yo sí tengo. Después me iré a San Francisco del Oro, porque ahí están contratando a muchachos. Nadie se ve en las calles; está muy solo, muy fregado, pues.

Pero yo quería conocer Villa Escobedo. Mi abuelo Refugio me dijo muchas veces que Villa Escobedo es mejor que esto. Él entró a trabajar tarde en las minas, a los veintiocho años, cuando bajó de la sierra; pero era lo suyo, aunque se jodiera, decía. Es tierra con árboles, con el río cerca. Pero no le dije nada a Antonio. Si ahora él estuviera aquí, sentado junto a mis hermanas, o sentado ahí, junto a la caja donde está el abuelo Refugio, con el olor de flores, entonces le diría que hace rato soñé con Villa Escobedo. Pero que lo soñé distinto. Que fui con mi abuelo y había una fiesta en el pueblo y que ahí nos perdimos. Pero le tendría que decir que no quiero estar aquí, sino con él. Es mi hermano; por eso al comprender me contestaría:

—Sí, la próxima semana nos iremos juntos.

Cuando Antonio se subió al ferrocarril se despidió sonriendo; no volvió a decir nada del abuelo Refugio, por eso sé que no iba pensando en él, que no tenía a qué ir. Me quedé en los andenes hasta que ningún silbato volvió a escucharse y me senté en las bancas como si yo esperara el siguiente tren para salir. Hacía mucho calor. No había gente. Distinguí desde allí todas las casas abajo, entre los cerros, y yo en la Estación con tan poco ruido. Algunos gritos de hombres que cruzaban o que arreglaban máquinas o durmientes, los oía como si estuvieran en otro pueblo, imaginando que yo era otra persona y que me conocían. Los saludé con la mano, pero no me vieron. Pensé que así sería la Estación de Villa Escobedo y que sólo descansaría un rato más para bajar con Antonio y decirle que íbamos a trabajar juntos. Salí de la Estación, pero me detuve a mirarla muchas veces; comenzaban a mover algunos vagones, a cambiarlos de vías para ir formando hileras de carga. Bajé hacia el lado de la planta de electricidad. Ya hacía mucho calor. Pero yo empecé a sentir esto que todavía no me pasa, esta molestia con Antonio. Sólo yo he estado aquí, y no él, y él no piensa en esto. Es mi hermano, pero un hermano duele por eso, y es como si uno mismo lo hiciera. Por eso me enoja conmigo, porque en parte yo también he de ser así. Mi padre entra ahora en la casa. Se detiene un momento. Me está mirando. Me pregunta qué hago aquí.

—Pensaba en muchas cosas —le digo. Miro sus manos; están sucias, manchadas, como las de mi abuelo. Sus uñas están rotas, resquebrajadas. Trae puestos los zapatos con que trabaja en la mina. Yo estoy descalzo. Veo mis pies: no los he lavado desde la mañana—. Dormí en la tarde —le digo. Voy a estar aquí hasta que amanezca.

Sigue callado, sin contestar. Mira a mi madre, que está sentada con las señoras. Mi papá se acostumbró a hablar poco desde la enfermedad de mi abuelo; todas las tardes se sentaba junto a él y casi no hablaban. Es que a mi papá no le dieron trabajo en la mina todos los días. No lo corrieron de la mina, pero sólo le dieron trabajo los

jueves y los viernes. Y no puede ir a otro lugar, dijo que no puede hacerse otra cosa. Por eso se pasaba la tarde fumando, mirando hacia el cerro, como mi abuelo, pero sin hablar. Sólo atendía cuando al abuelo le venía la hemorragia y se le llenaba de sangre la barba y la ropa. Mi abuelo echaba madres cuando lo limpiaban o cuando no terminaba de salir la sangre, y mi padre le decía que sí, pero sin decirlo en verdad, sino para que el abuelo no hablara solo. Entonces mi abuelo Refugio cerraba los ojos y comenzaba a respirar más fuerte; un sonido como de palabras muy profundas o muy quedas empezaba a decir. Pero no eran oraciones, eran nombres de cosas, o recuerdos, o mentadas de madre, pero lo decía para hacer algo, y muy quedo, porque no le importaba hablar con mi padre. Yo iba con ellos pero mi padre no hacía caso, de pronto no se daba cuenta que estábamos ahí, o no me oía siquiera. Mi abuelo me miraba mucho y en ocasiones hablaba. Tenía una voz ronca, me gustaba su voz, muy honda, como de un viejo muy fuerte. A veces Antonio y yo traíamos mezquites para comerlos junto a él. El abuelo tomaba los mezquites entre sus manos huesudas, enormes, y parecía que un monstruo o un animal tomara la vaina pequeña y la destrozara. Cuando abría la boca para morder, cuando separaba los labios, las barbas, respirando fuerte, me parecía un esfuerzo, como si un gran poder se necesitara para separar sus labios y su barba, para que saliera su aliento pesado, y el mezquite sentía el mundo que lo devoraba, el gran esfuerzo que mi abuelo era, el gran poder que mi abuelo era. Mi padre se quedaba con nosotros, mirándonos; a veces tomaba un mezquite, pero para tenerlo en las manos y jugar, no para comerlo; mordía un poco la vaina, pero la escupía, y la arrojaba a la calle. Mi abuelo hablaba en voz baja, gruesa, y se enojaba por el calor, porque no llovía, o porque la sangre lo manchaba. Una ocasión le sucedió cuando estábamos Antonio y yo. El abuelo nos oía y de pronto sus ojos se abrieron tristes, y se mentó la madre y dijo que ahí venía la sangre, con una chingada; y de la nariz salió la sangre oscura, avanzando lentamente, como animal, y respiró con dificultad, abriendo la boca y apenas escupiendo la sangre que se le quedaba en la boca. Mi padre lo limpió mientras llamaba a mi madre y ella vino a ocuparse de eso. Mi abuelo cerró los ojos, o miró como sin comprender a mi madre que lo limpiaba y le humedecía la barba y la frente. Los ojos de mi abuelo eran cristales mojados, ya opacos. Esa ocasión Antonio nada hizo, se quedó sentado mirándolo y se levantó de ahí casi inmediatamente. Después lo busqué y caminamos por el cerro.

—Qué feo era —me dijo sin mirarme—. Da asco. Es silicosis... Lo vi en mi padre —volvió a decir.

Yo lo había pensado. Pero para mí no era asco, era miedo, y lo veía en mi abuelo como si a un cerro, o a muchos cerros, le fuera brotando agua o un ruido de vida,

pero no asco. Me parecía más fuerte mi abuelo y sólo me asustó que escupiera la sangre que se le metía por la boca y que después escupiera siempre, casi a toda hora, y es que el sabor se le había quedado y trataba de escupirlo. Es que Antonio no entendía.

—Todos los mineros mueren así —dijo Antonio otra vez—. Acaban jodidos. Todos... También en Villa Escobedo, iguales. El abuelo entró tarde en la mina, a los veintiocho años, por eso vive todavía. Pero no va a pasar de los cincuenta y dos, ya está muy fregado. Por eso fue de los primeros que corrieron en Villa Escobedo; había muchos mineros en Veta Grande igual que él, y a todos los corrieron. Mi padre no, él entró a la mina más joven, como yo, pues, a los catorce. Él también ya está fregado; vas a ver muy pronto lo que te digo.

Y me dolió escucharlo de Antonio, porque un hermano siempre duele. Pero no se lo dije, sólo se lo demostré cuando cazamos torcacitas, que yo me esforcé en hacerlo mejor que él y en demostrarle que no necesitaba de sus consejos, que me bastaba a mí mismo. Porque mi abuelo me había dicho cómo cazar y cómo buscar los ardillones y armar las trampas. Y Antonio también sabía, pero lo había aprendido solo y no como yo, con mi abuelo Refugio. Antonio se rió esa vez. Y se oscureció temprano o sin darnos cuenta, mejor dicho, y en la oscuridad parecía que ninguno de los dos tenía cara, o que en cada uno aparecía otra que no era de nosotros, aunque seguíamos siendo nosotros mismos, y entonces me atreví a decirle que no estaba bien lo que había dicho. Él trató de mirarme, y dijo que yo no podía entender. Pero yo había cazado más torcazas que él y no necesité que me dirigiera. Luego se rió, pero no dijo nada de eso, sino que empezó a hablarme de Villa Escobedo. Sí, todavía no sé cómo es Villa Escobedo, pero siento que la conozco ya, que veré la tierra y que desde antes de llegar voy a decir:

—Sí, aquella es.

Antonio cambió también, pero alejándose de mi abuelo. Porque antes quería estar con él y salían juntos a la Villa. Yo los encaminé un día, la primera vez que conocí la Estación. El ruido de la locomotora y los hombres que arreglaban los rieles y los durmientes, y que ayudaban a enganchar los vagones, fueron como algo muy dentro de mí; me gustó mucho, no quise salirme de ese olor, porque sólo era un olor los tinacos y los vagones y las bancas en que se espera la salida. Por eso no me di cuenta de que se iban juntos, aunque quise irme también, por subirme a la máquina, no por ellos. Pero Antonio se fue alejando y ya no buscó a mi abuelo cuando se enfermó, ni cuando mi padre también comenzó a cambiar. Fue cuando cerraron Veta Grande, cuando corrieron a mi abuelo y a mi papá le dieron menos trabajo. Sólo Antonio sigue en la mina, porque le pagan menos. Por eso está allá, porque

tiene trabajo. Yo también tengo, aunque yo trabajo en la tienda de Rodrigo, junto con Manuel. Mi madre viene hacia nosotros. Se detiene ahora junto a mi padre. Le dice que sobra un poco de arroz, que se siente a comer.

—Te hago una bebida de manzanilla, si quieres —le dice otra vez.

Mi padre no contesta; entonces me mira. Sonrío, pero con dificultad, porque también a mí me cuesta trabajo sonreír. A Julia no, para ella es fácil, sabe hacerlo cuando lo hace. Veo a mi padre ante mí, cansado, comiendo en la mesa sin mirarme. Sigo junto a él, para acompañarlo. Mi madre se sienta con nosotros.

—Voy a quedarme despierto mientras amanece —le digo a mi padre—. Ya dormí en la tarde.

Se levanta de la mesa para dormir; camina hasta sus cobijas, que están ahí, pasando la caja de mi abuelo Refugio. Mi madre está recogiendo la mesa. De pronto me siento solo, como si yo hubiera tenido muchas cosas y ahora no existieran, como si tuviera una vida o una casa y ya no existieran. Siento miedo, la noche pesa como si viviera, como un lugar o un cuerpo. Hay unas señoras y hablan muy poco. Mi madre se sienta con ellas y me mira desde allá. Si Antonio estuviera aquí, si no se hubiera ido, podríamos hablar juntos, y le diría:

—¿No has sentido como yo? Tengo desconfianza. Es miedo de algo. No sé qué es.

Los cirios encendidos están junto a la caja negra y las flores están encima, y huele a flores, o a árbol seco. Veo las flamas de los cirios, que casi no se mueven. Como si la noche estuviera detenida para quedarse siempre aquí, para quedarse siempre en esta noche, para que nada pase. Hay mucho silencio; detrás de mí siento las voces de mi madre con las señoras, pero en la caja hay mucho silencio, como si los cirios y la caja pensaran mucho y yo los sintiera, como si sobre mi hombro Dios estuviera con muchos ángeles esperando que pase la noche, esperando el amanecer, como yo, en este silencio, como si todos rodeáramos la caja y lo dejáramos descansar.